

toridad que el "terrorista" se atribuye a sí mismo, y que no es sino fuerza, y por lo general poquísima, de otras doctrinas y figuras. Y esto, naturalmente, lleva consigo una pérdida automática de la autoridad intelectual.

Pero esta actitud, con ser muy frecuente, no es universal: considerables porciones del gremio intelectual, sobre todo en algunos países, no han incurrido en ella. Y, sin embargo, el fenómeno de disipación de su autoridad es de generalidad tan extremada, que sólo escapan a él excepciones individuales, contadísimas y que, aun ellas mismas, se resienten del contexto social sobre el que aparecen. ¿Por qué ocurre así? A mi juicio, aquí interviene un factor de distinto linaje —aunque en el fondo tiene estrecha conexión en lo antes dicho—. Por razones muy complejas, se tiene la impresión de que los intelectuales no tienen hoy soluciones para los problemas humanos, que son los verdaderamente graves e importantes. Lo que se dice en los países en que no se ha interrumpido la comunicación normal del escritor con sus lectores, o que la han reanudado, no es muy esperanzador. Después de oídas sus palabras, la desorientación persiste y no se sabe a qué atenerse. Se ha perdido la fe en que los hombres de ideas tengan la clave de los problemas que agobian al hombre de Occidente, y ha dejado de atenderse a su voz.

¿Es esto justo? ¿Puede pedirse al intelectual, sin más, que tenga soluciones para los problemas? ¿Las tienen éstos siempre, por ventura? En el fondo de esa actitud laten, a la vez, el "señorismo" de las masas actuales y una concepción frívola de la inteligencia, que data del siglo XVIII. La propensión a desentenderse de la estructura de la realidad, a sustituir con meras combinaciones de ideas, ha hecho que se olvide lo que quiere decir en todo su rigor la palabra "problema" y que se descarte la posibilidad, tan probable, de que sea insoluble, o al menos que su solución requiera largo tiempo y esfuerzo. De ahí la predilección por las "recetas", provocada en las masas por el ejercicio irresponsable de la función intelectual. Pero esas recetas pierden pronto su crédito y no es fácil que los hombres sigan interesándose mucho tiempo por los que las elaboran y hacen propaganda de ellas. Y hay que decir que la inmensa mayoría de lo que hoy ofrece el cuerpo intelectual no es otra cosa. Ante la enorme dificultad de las cuestiones que el Occidente tiene planteadas, se hace una y otra vez un gesto frívolo, consistente en brindar una fórmula, con frecuencia sólo una palabra, que puede ser un recuerdo histórico, un tópico grato a las muchedumbres de uno u otro color o el último descubrimiento del "snobismo" —que, por cierto, suele ser antepenúltimo—. Dejo al lector el cuidado de poner los ejemplos.

El hecho es que hoy, aun en los países de más tradición intelectual y que, no hay que decirlo, cuentan con mentes egregias, falta radicalmente su autoridad específica, y con ella ese "poder espiritual" que tan decisivo parecía a la mirada perspicaz de Augusto Comte. La vida humana, que tiene una casi ilimitada capacidad de adaptación, ha tratado de compensar esa situación anómala con una extraña mezcla de sonambulismo y cinismo; pero son dos expeditivos de muy corto plazo de eficacia, y sus "virtudes" están ya a punto de agotarse. Por esto, si se mira con atención se ve cómo en todas partes empieza a sentirse de nuevo la necesidad, más apremiante que nunca, casi angustiada, de la autoridad intelectual. Todavía son pocos los que vuelven a echarla de menos,

GUERRA INTER-TROGLODITA



A pesar de la Independencia y los Próceres la escena tiende a repetirse.

Ch. K.

esta vez de un modo perentorio e inexorable; tras ellos van a seguir, muy pronto, las multitudes.

Y es curioso y conmovedor observar cómo estos mínimos grupos realizan un afanoso recuento de los contados intelectuales —"rari nantes in gurgite vasto"— que han escapado al naufragio de su autoridad. Con la ansiedad y la sinceridad del que echa mano de los últimos recursos, superan incluso las petulancias nacionales y miran más allá de sus fronteras, en busca de los supervivientes. Frente a la confusión de tantos congresos, "recontes", asambleas, conferencias y revistas, en que se repiten invariablemente dos o tres arias, encuentro en esa afanosa indagación en torno suyo de esas minorías inteligentes —intelectuales o no— el primer síntoma de un restablecimiento de las jerarquías, y por tanto de la autoridad, en Europa y en América.

¿Quiénes son esos intelectuales en los que se refugian y condensan los restos del poder espiritual que su gremio ejerció en otros días? No hay temor de ver estampados aquí sus nombres, porque su breve lista es la única que no puede enunciarse: perdería toda su eficacia. Porque no se trata de nombres que puedan ser "propuestos" a la admiración o a la estimación de las gentes, sino que han de ser "impuestos" a su íntima necesidad. Son los hombres sin los cuales cada uno de nuestros contemporáneos no podrá vivir, literalmente, y por eso será él quien tendrá que buscarlos y encontrarlos. Algunos, los más alertas, repito, lo están haciendo ya.

Lo que sí puede decirse es que la autoridad intelectual sólo puede restablecerse desde las cosas; quiero decir, desde los problemas, que es lo que hoy por hoy tenemos, y no desde las soluciones previas, es decir, la ficción. Los intelectuales recobrarán automáticamente su autoridad, tan pronto renuncien a la magia y a las frases y acometan, con ademán sencillo y brioso, las cuestiones que están planteadas. Los hombres de Occidente volverán a confiar en la inteligencia, que ha sido su gran fuerza milenaria, en cuanto la vean funcionar, es decir, aplicarse a la faena de dar razón de las cosas. Necesitan ver trabajar, con fruición y sin gestos, a los que tienen como misión propia buscar la verdad; y se sentirán asociados a su esfuerzo y llenos de ánimo aun en medio de las mayores dificultades, siempre que tengan conciencia de que se está luchando con ellas y de que en esa lucha se emplea a fondo el instrumento con que es dado al hombre arrancar a la realidad su secreto: la razón.

El sentimiento democrático en los pueblos de América

(Es un editorial de *La Prensa* de Bs. Aires del 19 de diciembre de 1948).

Negar que haya existido y que exista el sentimiento democrático en los pueblos de América equivaldría a desconocer los hechos históricos y la realidad política y social en esta parte del continente. En todas las épocas, aun en las que precedieron a la emancipación definitiva en el Norte, en el Centro como en el Sur, el sentimiento de ser libres, integralmente libres, iluminaba la mente de los hombres más preclaros y anidaba en la subconsciencia de los pueblos al parecer más oscuros y no por ello menos dispuestos a la rebeldía. En 1808, el gran Jefferson decía: "La América tiene principios distintos de los de Europa y debe tener un sistema suyo que la separe del antiguo continente, guarida del despotismo, para ser lo que debe ser, la morada de la libertad". En poca cuenta tuvo el insigne estadista los principios fundamentales heredados de Inglaterra e incorporados a la Constitución de los Estados Unidos y escaso aprecio mostró por la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano pregonada en la Francia de 1789. En buena parte tenía razón para mirar a Europa con tanto recelo, porque allí predominaban los regímenes absolutos que nunca acogerían con simpatía el nacimiento de las nuevas naciones americanas. Habrían de transcurrir todavía dieciocho años para que Canning, resuelto a frustrar las aspiraciones del congreso de soberanos en Verona, pronunciara en el Parlamento inglés, el 12 de diciembre de 1826, su célebre discurso: "He llamado a la vida a un nuevo mundo para restablecer el equilibrio del antiguo".

Para que nuestra América pudiese restablecer ese equilibrio tendría que ser lo anunciado por Jefferson: la morada de la libertad. No hay disidencias a ese respecto. Así lo demuestra —vamos a decirlo con palabras de Mitre— "la unificación política de todo un continente, que ocupa la mitad del orbe, y proclama, por instinto genial, los principios lógicos de la democracia como ley natural y regla universal del porvenir; la consagración de un nuevo derecho de gentes y un nuevo derecho constitucional en oposición abierta a derecho de conquista y al tradicional dogma monár-